

P. Jaume Filella Ferrer, S. I.

(Barcelona el 25/07/1927 – San Cugat del Vallés, Barcelona, 9/11/2017)

Homilía en el funeral

Todos los que nos hemos reunido aquí compartimos el dolor por la muerte de Jaume Filella. Una persona como él, con su calidad humana, su energía, su bondad y su inteligencia deja una profunda marca en las personas que trata. Tendremos que hacer el duelo por su ausencia física. Pero junto al sentimiento de dolor por su muerte, nos une la acción de gracias por haberle encontrado en nuestra vida. Porque sin duda nos hizo mucho bien. En esta Eucaristía queremos celebrar el Amor de Dios, que sin duda le acoge en su Vida Plena y también celebrar la comunión, o podríamos decir, la “común-unió”, que Jaume vive con todos nosotros ya ahora.

Quisiera hablar de Jaume Filella a partir de un hecho que me ha llamado la atención: a lo largo de estos últimos años han sido bastantes las personas de ESADE que me han preguntado con mucho interés y cariño por Jaume. Personas de toda condición: más arriba o más abajo del organigrama, creyentes y no creyentes, de los distintos departamentos. Cuando les he preguntado que habían sentido en su trato con él, me han dicho que se habían sentido queridos, acogidos y fortalecidos.

A partir de este hecho, me pregunto ¿Quién era Jaume Filella? ¿Cómo era? En realidad, sé poco de él. Entró en la compañía en 1944, el mismo año en que yo nací. A los cinco años de su entrada en el noviciado fue destinado a la India y no volvió definitivamente a Barcelona hasta 1988, casi 40 años después, en 1988. Los años anteriores había venido a Barcelona un trimestre al año, durante el cual daba cursos en ESADE, además de otros muchos cursos, retiros y charlas de índole claramente pastoral. Empecé a conocerle cuando ya se acercaba a los 60 años, cuando su personalidad había ya cuajado dando un gran “sí” a la vida.

En efecto, Jaume había dado un gran “sí” a la vida y por esto las personas que se acercaban a él se sentían afirmadas, queridas, aceptadas. Lo que él afirmaba era el ser de las personas, no su riqueza, su estatus o su inteligencia. Por eso, personas de toda condición preguntaban con cariño por él. En un precioso libro que recoge la substancia humana de sus cursos, Jaume decía: “Soy lo que soy, y esto que soy, vale”. Lo que “vale” es el ser de cada uno, no sus “cualidades” grandes o pequeñas. Y añadía: “Soy vitalidad. Soy energía”¹. Su trato despertaba el “ser” y la energía de las personas.

Era muy bondadoso pero la suya no era una bondad “blanda” sino sorprendentemente interpeladora. Con frecuencia, en una conversación o en clase, te descolocaba. Situaba la pregunta o la cuestión en un marco más amplio que al principio costaba aceptar, pero que, al final, ensanchaba la mente y el corazón. Y esto sucedía porque tenía una sorprendente capacidad de transformar las oposiciones en complementariedades y la fragmentación en integración. Una integración muy respetuosa de la diversidad interna. Probablemente su larga asimilación de la cultura india le había ayudado a caminar en esta dirección.

Quisiera añadir que este fue el Jaume que conocí, en su plenitud como persona. Los últimos años en la enfermería demostró que todo esto no era fachada. Supo aceptar y vivir con dignidad la decadencia física que le provocó la enfermedad de Parkinson. Los que le

veíamos de vez en cuando y los que le han ayudado y cuidado durante estos últimos años, han sentido que lo que decía en sus clases es verdad: que lo que somos, “vale”. En Jaume, aprisionado ya por la vejez, este valor del ser, de la vida, continuaba percibiéndose.

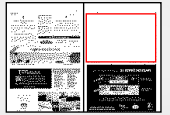
En el Evangelio hemos leído las Bienaventuranzas y podríamos preguntarnos qué tipo de persona describen, cual es el modelo humano que dibujan. Sin duda, retratan a al mismo Jesús. Pero también describen, a otro nivel, el tipo de persona que era Jaume. Él asumía libremente la pobreza porque para él el “ser” valía más que el tener. Él aceptaba la vida entera con sus momentos de alegría, pero también con su dolor y su tristeza: daba un gran “sí” a toda la vida. Su mirada sobre las personas reconocía en ellas a hijos e hijas de Dios y por esto buscaba la justicia, vivía la misericordia y construía la paz. Sabía asumir los conflictos y sabía perdonar. Él se definía, en definitiva, como un “optimista paciente”.

En la Eucaristía celebramos y acogemos la VIDA de Jesús Resucitado en cada uno y en la Comunidad. Esta misma VIDA que Jaume supo vivir y hacer fructificar. Por esto, sintiéndonos en comunión con él, le pedimos que nos haga capaces de abrir también la puerta al Espíritu de Jesús para ser instrumentos de la construcción de un mundo más justo, acogedor y solidario.

Josep Miralles SI.

San Cugat del Vallés, 16.11.17

ⁱ *Així pensa i fa pensar Jaume Filella*. Texto de Conxita Folguera, Ramón Pes y Esther Sallent. Revisado por Jaume Filella. Editado por ESADE, Barcelona, 2012



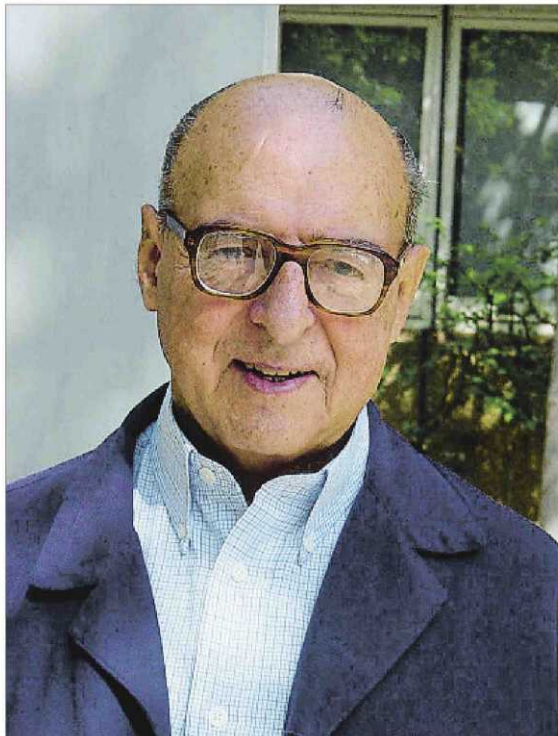
OBITUARIOS

Un jesuita en Bombay

JAUME FILELLA (1927-2017)
Ex director general de Esade

Jaume Filella nació en Barcelona en el verano de 1927. Estudió en el Colegio de los Jesuitas de Caspe e ingresó en la Compañía de Jesús en 1944. Jaume fue, ante todo, buena persona y decidido jesuita. Un hombre de gran bondad, bonhomía, sencillez, candor. A los 22 años fue destinado a Bombay, junto con un gran número de compañeros (como Federico Sopena) con los que forjó una profunda amistad y cercanía que le acompañaría toda la vida, incluso en la distancia. Allí trabajó durante 39 años especialmente en el apostolado universitario, sobre todo en Saint Xavier's College en Bombay. Combinó su trabajo con su propia formación en psicología (en la Fordham University en Nueva York) y filosofía y teología (en el De Nobili College en India).

Jaume Filella fue profesor de "comportamiento organizativo" y de liderazgo. También director general de Esade. Colaboró con los referentes académicos de su momento: con Bernard M. Bass en los estudios sobre el liderazgo y con Geert Hofstede en temas de cultura de país y *cross-cultural management*. Trabajó especialmente el tema del liderazgo transformacional y fue un gran



ESADE

experto en la relación entre carácter y liderazgo. Hizo estudios de aplicación a la realidad española y actualizó las enseñanzas sobre liderazgo que, en aquel entonces, se impartían en el país. Quizás su contribución más genuina fue la capacidad de ir al fondo del liderazgo y del comportamiento del líder: se sumergió más allá de las acciones, conductas del líder. Profundizó en sus competencias y en su perfil psicológico. Hasta aquí muchos académicos lo han hecho. Pero él era consciente de que explicar el comportamiento de los líderes y formarlos requería entrar en diálogo con sus convicciones, sus valores, sus creencias (incluso las religiosas) y como él decía "con la fuente de vitalidad" que cada persona tiene en su interior.

Fue un buen profesor y para muchos un maestro, por su rigor en la investigación y su pedagogía en clase, donde el protagonismo siempre fue del alumno y del conocimiento y nunca del profesor. El debate era franco con él y nunca se imponía, ni hacía uso de su posición de profesor. De tú a tú, más que enseñar, acompañaba a los participantes de sus cursos con un extraordinario respeto a sus convicciones y maneras de pensar. Era de aquel tipo de per-

sonas, poco frecuente, con los que el respeto que se recibía de él era tan grande que cuando te ibas después de haber hablado o debatido un rato tenías una cierta sensación de haber recibido paz interior: te sentías interiormente más libre.

Como colega, siempre estaba atento a todos. Era una persona discreta que no pretendía llamar la atención, lo que nunca le impidió decir con gran respeto lo que pensaba, aunque no agradase. Siempre interesado por la persona que tenía delante: incluso estando el al final de la vida, nunca dejó de interesarse por su interlocutor, atento, delicado con los otros. Muy rara vez ofendió a alguien.

Era una persona con una gran espiritualidad y una vivencia de Dios profunda, rica... para él era una fuente de energía constante, una vivencia de Dios que aprendió en el Evangelio. Su vida religiosa le generaba una gran libertad interior, libertad que le permitió entrar a fondo en la religiosidad hindú que conoció en profundidad y de la que supo extraer su gran riqueza milenaria y que supo articular bien con la fe en la persona de Jesús que fue siempre su referente vital. Su espiritualidad final, cuando ya podía hacer muy poco o casi nada, era "dejarse en manos del Señor y fluir en el río de la vida intentando no agarrarse a nada", libre de todo. Un referente para muchos de nosotros.

CARLOS LOSADA

Profesor y ex director general de Esade
Business and Law School